

**Tinajero, Araceli. *Kokoro: una mexicana en Japón*. Madrid:
Verbum, 2012. Print. 166 pp.**

KOICHI HAGIMOTO
WELLESLEY COLLEGE

Con la publicación de *Orientalismo en el modernismo hispanoamericano* (2004), Araceli Tinajero se estableció como un referente pionero en el campo de los estudios transpacíficos, el cual intenta examinar las relaciones literarias y culturales entre América Latina y Asia. A diferencia de esa investigación anterior, *Kokoro: una mexicana en Japón* (2012) es un texto profundamente íntimo en el cual la autora mexicana cuenta, con un lenguaje sencillo y afectuoso, la historia de su viaje a Japón en los años 80. Se muestran no sólo las diversas experiencias culturales de la narradora, sino también las descripciones detalladas de la sociedad japonesa durante una época de gran prosperidad económica. Con su extraordinaria prosa el libro de Tinajero representa “lo mejor del ensayismo mexicano contemporáneo”, como lo indica Roberto González Echevarría (430).¹

Como demuestra en su estudio sobre el modernismo, algunos latinoamericanos escribieron apasionadas crónicas sobre Japón a principios del siglo XX. Para estos escritores, que incluyen a José Juan Tablada, Enrique Gómez Carrillo y Efrén Rebolledo, el país asiático simbolizaba, en su mayor parte, lo exótico y/o lo utópico. La narrativa de Tinajero en *Kokoro* difiere fundamentalmente de estas crónicas modernistas porque se basa en su identificación personal con la cultura japonesa. En otras palabras, la autora expone su proceso de “japonización”. Según nos cuenta, su viaje transpacífico tuvo lugar entre 1981 y 1984, cuando tenía dieciocho años—quizás no sea una coincidencia de que el libro tenga dieciocho capítulos en total. En estos capítulos cortos, la joven mexicana nos invita a un viaje virtual a Japón, aludiendo a sus vidas cotidianas y su observación de la sociedad asiática desde una mirada tan admirativa como crítica. El libro comienza con “Kokoro yasashii” (el espíritu amable), en el cual la narradora traza con lujo de detalles su primer viaje a Kioto. Situada en un lugar lejano y rodeada por un pueblo desconocido con un idioma nuevo, se siente preocupada pero al mismo tiempo nostálgica. Abordando el contraste entre lo moderno y lo tradicional en la antigua capital del país oriental, se da cuenta de que “[l]a belleza de sus

templos y sus jardines me hacían sentir la misma serenidad que cuando tempranito nos levantábamos y nos íbamos a caminar al bosque de Chapultepec” (13).

En realidad, la comparación entre Japón y México es uno de los temas recurrentes a lo largo del libro. La grandeza de Tokio se compara con la de la Ciudad de México, el Monte Fuji con el Popo y el Ixtla, la lluvia de Kioto con la de Acapulco, la música folklórica llamada *enka* con la música ranchera, las pinturas japonesas con los murales mexicanos y la poeta moderna Tawara Machi con sor Juana Inés de la Cruz. Históricamente, los lazos entre los dos países han existido desde la época colonial. A través del comercio transpacífico, conocido como el “Galeón de Manila”, algunos productos del arte japonés fueron llevados a la Nueva España durante el siglo XVII, incluyendo pinturas, biombos y otros muebles. Además, México fue el primer país latinoamericano que recibió a los inmigrantes japoneses en 1897, mientras que la migración mexicana hacia Japón, mucho más dispersa, comenzó en el siglo XX con un grupo de estudiantes. A su vez, fue José Juan Tablada, el poeta y periodista mexicano, quien introdujo el *haiku* en la literatura latinoamericana, presentando una forma literaria que iba a tener una influencia notable en escritores posteriores como Jorge Luis Borges, Octavio Paz y Mario Benedetti.

En *Kokoro*, Japón y México están entremezclados de tal manera que el estudio sobre el país asiático despierta en la autora una cierta conciencia nacional. Como nos confiesa en el capítulo “Arubaito” (trabajo parcial), después de vivir y trabajar en Japón, “aprendí a valorar como nunca antes mi lengua y mi cultura” (25). Desde esta perspectiva, su viaje no sólo significa una exploración del mundo oriental, sino también su búsqueda espiritual de la identidad mexicana. Por otro lado, la mezcla de las dos culturas también se manifiesta en los giros lingüísticos de ambos idiomas. Aunque el libro está escrito en español, el lector frecuentemente tiene la extraña sensación de que lo está leyendo en japonés. Por ejemplo, es preciso destacar el uso de palabras originales en el japonés en los dieciocho capítulos del libro: las palabras como “Shinsutā Shintī Feā” (Feria de Ciudades Hermanas), “Ninjin to tamago” (zanahoria y huevo) y “Yakyū to sumō” (béisbol y sumo) están traducidas al español y escritas tal como se pronuncian en japonés. Del mismo modo, aparecen múltiples expresiones comunes en el libro, como “okotoba ni amaete” (me doy el lujo de aceptar sus palabras), “oishikatta desu” (todo estuvo delicioso) y “mottainai” (¡qué desperdicio!). Una de las originalidades del texto yace precisamente en este uso particular del idioma, lo cual

demuestra la extraordinaria capacidad lingüística de la autora que le hace posible el proceso de “japonización.”

La identidad japonesa de la narradora se puede examinar desde varias perspectivas. En el capítulo “Eru Chipō” (El Tipo), nos relata su experiencia de trabajar en un restaurante y describe cómo llega a ser “más japonesa” que sus compañeros japoneses. Se acostumbra a la nueva ética de trabajo hasta tal punto que está comprometida a trabajar todos los días aun cuando los otros querían tomar un descanso. Según la autora, “Y, allí me encontraba yo, pasando los días con los japoneses, trabajando tanto o más que ellos, tratando de ser y hacer lo mejor” (33). Por otro lado, su “japonización” también se revela en su interés en la costumbre tradicional así como en la cultura popular. Llega a formar parte de la comunidad japonesa cuando toma clases de diseño o de *ikebana* (arreglo floral), donde va conociendo los valores y tradiciones de la sociedad y compartiendo la experiencia cultural con las mujeres japonesas. Además, el interés de la joven mexicana va más allá de la mera curiosidad superficial. Puesto que se establece firmemente como miembro de la sociedad, termina sumergiéndose en la cultura popular, comiendo platos típicos como *nattō* (frijoles de soya fermentados), escuchando música popular como la de Matsuda Seiko y Kondo Masahiko, e incluso asistiendo a uno de los programas de televisión más vistos en el país, *waratte itomo* (vale reír).

Sin embargo, el libro de Tinajero no muestra un mundo utópico del orientalismo como el que se recrea en la narrativa modernista. Más bien, su experiencia propia le permite percibir el lado oscuro de Japón. He aquí otra contribución importante de su texto. En contraste con la imagen estereotipada de Japón como un país rico y tecnológicamente avanzado, la autora mexicana ofrece una visión distinta que expone la realidad de la discriminación social tanto contra los mendigos como contra los extranjeros. Por ejemplo, el capítulo “Sabetsu” (discriminación) cuenta cómo su amiga japonesa trata con desdén a las coreanas en el tren, burlándose de sus vestidos tradicionales. Refiriéndose a la historia complicada entre Japón y Corea, Tinajero comenta que “[e]ra una relación de odio y amor” (65). Basado en una experiencia más personal, su relato en “Buta mitai” (pareces un puerco) se plantea de manera crítica cómo algunos japoneses juzgan a los extranjeros según sus aspectos físicos. El incidente sucede durante su primera consulta con el quiropráctico. Hablando en japonés, el médico le dice que “parece un puerco,” aludiendo al sobrepeso de su cuerpo. Este agravio arraigado en la cultura japonesa y su obsesión con la esbeltez es

profundamente irónico dada la popularidad de sumo, el deporte nacional. Además, en distintas ocasiones, los japoneses se burlan de otras partes de su cuerpo, como los bigotes y las canas. Los insultos le dejan una marca inolvidable. Según la autora, “[p]or muy amables que fueran los japoneses, también tenían su lado flojo” (103). Tras su interacción directa con la gente, Tinajero revela la complejidad de la sociedad japonesa durante la década del 80, la cual todavía tiene validez hoy en día.

Cualquier lector de habla hispana puede disfrutar de *Kokoro* aprendiendo aspectos multifacéticos de Japón. Sin embargo, el punto de vista que se presenta en el libro no es una exaltación ingenua ni un discurso orientalista, tal como lo ha teorizado Edward Said. Más bien, Tinajero se aproxima al país asiático como una mexicana que se convierte en una de “ellos”, combinando así la perspectiva “desde afuera” y “desde dentro”. *Kokoro* nos invita a continuar explorando los vínculos culturales entre los dos países. Como menciona la autora, ya existen críticos que están involucrados en este proyecto, tanto en Japón como en México. El presente libro, en definitiva, puede ser útil para el público general así como para el especialista en los estudios sobre la relación entre América Latina y Asia.

¹ González Echevarría, Roberto. “Una mexicana en el Japón.” *A Contracorriente: Una revista de historia social y literatura de América Latina* 9.3 (2012): 427-30.